

Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

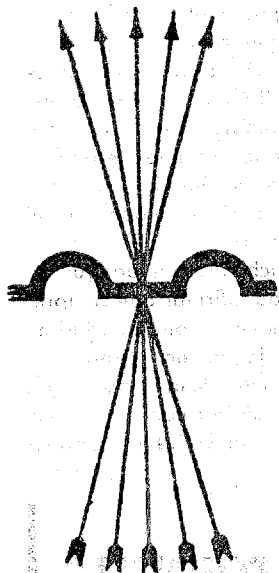
GRANOLLERS, 27 JULIO DE 1941

NÚM. 48

EDITORIAL

FALANGISMO EN LOS FUNCIONARIOS

DECIA José Antonio que a la Falange no le emocionaba, ni poco ni mucho, la patriotería zarzuelera que se regodea con la mediocridad, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado, sino que ama y quiere a España porque no le gusta; y afirmaba: «Los que aman a su Patria porque les gusta, la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección.»



Esta voluntad de perfección que tiene la Falange para las cosas de España, la hemos hecho patente, dentro de nuestra humildad, a través de las páginas de este semanario, ya que jamás hemos tratado de disimular las duras realidades actuales, con todo el tinglado que dificulta y aún esteriliza la labor del Gobierno, encaminada a mitigar el dolor de una nación poco nutrida y de unos obreros empobrecidos.

Precisamente, lo que caracteriza y distingue a la F. E. T. y de las J. O. N. S. de los demás grupos y conglomerados nacionalistas que han existido en España, es esta voluntad de perfección, este deseo de mejorar el presente de España, este no gustarle España tal como está, pues los demás han profesado a España un amor lírico, sentimental, estéril.

Hoy venimos a señalar una llaga que aqueja a España desde tiempo inmemorial, pero no por ello nuestra voluntad falangista puede transigir a que continúe en el mismo estado lo que ya ha creado triste y dolorosa tradición: nos referimos a la forma abusiva con que se desempeñan los cargos burocráticos, máximamente cuando dependen de un organismo oficial.

Ya Larra, en uno de sus más famosos artículos de costumbres, señaló con el tono jocoso que le caracterizaba, ese mal. No obstante, ese artículo, que tituló «Vuelva Vd. mañana», no va especialmente contra los funcionarios, sino que se refiere a la indolencia española en general.

Nosotros, prescindiendo de lo jocoso, ya que cuando de cosas de España se trata, no podemos jamás emplear este tono, sino el que nos dicta nuestro corazón dolorido por los males nacionales, diremos que el tipo de funcionario engraiado que nunca está en la oficina las horas marcadas y que no cumple ni con el cargo ni con el público, no puede continuar en la nueva España.

Al llegar aquí, muchos lectores se sonreirán al pensar del modo que la inmensa mayoría de burócratas de España, que no tienen como superior un jefe riguroso, se pueden clasificar en el apartado de los funcionarios que no pueden continuar; ¡y, sin embargo, continúan!

Verdaderamente hay motivos para esa sonrisa, porque se

da el vergonzoso caso de que muchos de los que más reacios y difíciles se encuentran en el trato amistoso con el público y en el cumplimiento de sus deberes profesionales, son precisamente los que más obligados vienen a la disciplina y a la amabilidad por el falangismo oficial que pregona al llevar en la solapa un emblema de ex-cautivos o de ex-combatientes.

Y todo ello, como siempre, es porque falta el modo de ser falangista, ya que estamos plenamente convencidos que la Falange es muy voceada, elogiada o criticada, pero es más incomprendida. Pues que uno se diga, sin necesidad, falangista y se porte como un liberaloide o un español decimonónico, sólo nos puede demostrar o un cinismo rayano en la demencia, o una incomprensión absoluta acerca de lo que es y como es la Falange. Esto último es lo que generalmente acontece.

Porque si se ama a España con voluntad de perfección, ¿cómo se puede colaborar a convertir las oficinas del Estado en lugares antipáticos, complicados y en donde con el más mínimo pretexto se despacha a la gente, usando un giro familiar, con cajas destempladas?

¿Cómo puede fructificar el patriotismo y la solidaridad nacional, si cuando un individuo tiene que tratar con el Estado por medio de sus funcionarios, se le hace víctima del trato más descortés y desconsiderado?

Uno de los principales entorpecimientos a la magnífica obra política de la F. E. T. y de las J. O. N. S. la realizan los burócratas que desde sus puestos de trabajo, convertidos muchas veces en símbolo de la prebenda que disfrutan, tratan a la gente sin el más pequeño respeto, no dando ninguna facilidad para la comprensión y feliz desenvolvimiento de la gestión en que están ocupados.

No queremos con ello decir, ni mucho menos, que el funcionario venga obligado a resistir las latas interminables que muchas veces emplea el público ignorante, ya que ello también se traduciría en un entorpecimiento para la función pública que desempeñan, pero de eso a mostrarse agrios e inasequibles para todo el mundo, hay una gran diferencia.

Uno de los lugares en donde nuestra Revolución tiene bastante que hacer, es en las oficinas del Estado, haciendo ver a los funcionarios que no están allí para regalar su cuerpo y justificar un sueldo, sino para servir al público y facilitarle la tarea.

Estamos plenamente convencidos que el caso expuesto tendrá rápida solución, ya que en la actualidad se han mitigado mucho los abusos que en el horario y en el trato cometen los funcionarios de los organismos oficiales; y es que, poco a poco, va penetrando en los individuos el sentido falangista de la existencia que es total y encierra todos los órdenes de la actualidad humana.

Pues la F. E. T. y de las J. O. N. S. anhela y logrará convertir lo agrio y lo injusto de la vida nacional y que hace que España no nos guste, en agradable y justo, para que lleguemos a sentir el patriotismo, no sólo como una concepción intelectual, sino también como alegría sensitiva de vivir en España.